

# RUANDA: EL GENOCIDIO OLVIDADO

*Por Mónica Redondo*

*“¡Muerte! ¡Muerte! Las fosas con cadáveres de tutsis solo están ocupadas hasta la mitad! ¡Daos prisa en acabar de llenarlas!”*, gritaba uno de los locutores de la radio ruandesa “Radio Mille Collines”. Este llamamiento es solamente un ejemplo del odio entre estos dos clanes, tan parecidos pero tan distintos a la vez. El 1994, el genocidio de Ruanda causó casi un millón de muertes. El aniquilamiento de tutsis por parte de hutus era algo prácticamente inevitable, y que llevaba cociéndose desde hace años. Muchos se preguntan qué se podía haber hecho, si era evitable. Ahora ya es tarde, ha pasado y es un capítulo de la historia de Ruanda que será difícil de superar.

Pero ¿cómo empezó realmente el genocidio de 1994? ¿Cuáles fueron los motivos de los hutus para cometer tal atrocidad y aniquilar a miles de tutsis?

## Introducción

Anteriormente, Ruanda estaba habitada por una sola comunidad, el bunyaruanda, que se divide en tres castas tradicionales: los tutsis (propietarios de rebaños, 14% de la población), los hutus (los agricultores, 85%) y los twa, que correspondían a un 1% de la población, en su mayoría criados o jornaleros. Este sistema de castas (comparable al de la India) se creó siglos atrás, durante el reinado de un monarca que recibía el nombre de *mwami* y procedente de la casta tutsi.

Durante la conferencia de Berlín se repartieron diferentes tierras africanas a países europeos. Ruanda fue cedida en aquel momento a Alemania, la cual no manifestó demasiado interés por la sociedad ni por el pueblo; hasta el punto de que muchos ruandeses vivieron como un país colonizado sin saberlo. Después de la Primera Guerra Mundial, los alemanes perdieron la colonia a favor de Bélgica.

## Antecedentes del Genocidio de 1994

La sociedad de Ruanda en aquella época podría compararse a las relaciones feudales: los tutsis, la casta dominante y aristocracia, eran los más ricos del país gracias a la cría del ganado. Los numerosos

hutus, en cambio, eran simple agricultores, explotados y dominados por los tutsis. Todo igual que en el feudalismo: la misma dependencia, las mismas costumbres, la misma explotación. A mediados del siglo XX, el conflicto crece entre las dos castas por la dominación de la tierras. El problema de Ruanda era que no había sitio para los dos. En otros países, una de las partes puede retirarse y ocupar territorios libres donde vivir en paz. En el llamado “País de las Mil Colinas” no había esta opción. Ruanda es pequeña, montañosa y muy densamente poblada por lo que es difícil encontrar un sitio para que los que crían el ganado y los que cultivan la tierra vivan en armonía. No hay lugar para retirarse.

En este contexto aparecen los belgas, que habían gobernado Ruanda apoyándose en los tutsis. Al principio, la relación parecía ser provechosa, hasta que empezaron las olas de protestas anticoloniales en África por la independencia. El problema para Bélgica radicaba en que los tutsis eran los principales interesados en desvincularse del país europeo. En respuesta a la posición independentista de los tutsis, los belgas empiezan a apoyar a los hutus, más sumisos y dispuestos a compromisos. Así, empieza la iniciación de los hutus contra los tutsis, acción apoyada en ese momento por la misma Bélgica y animada por la sublevación campesina de 1959. Los campesinos quemaron las fincas de sus amos y siguieron con la matanza de miles de tutsis. Como consecuencia, miles de víctimas tutsis tuvieron que exiliarse a países vecinos como Uganda, el Congo, Tanzania o Burundi. La antigua casta aristocrática perdió entonces su posición dominante y el poder pasó a manos del campesinado hutu, que proclamó la independencia de Ruanda en 1962. De esta manera, se crea la tragedia ruandesa: a causa de la imposibilidad de reconciliación entre dos comunidades que reclaman el mismo territorio.



*Ruanda y alrededores*

Durante el reinado de los hutus en Ruanda, los tutsis que se instalaron en los campamentos a las afueras del país conspiraban un contraataque. En 1965 intentan invadir territorio ruandés con el fin de acabar con sus enemigos. El ejército hutu consigue detener la ofensiva y organiza una cruel masacre, en la que murieron veinte mil tutsis por machetes hutus. Durante el conflicto, muchos corresponsales como Ryszard Kapuscinski intentaron penetrar en Ruanda para informar de lo ocurrido, pero no consiguió penetrar allí ningún medio de comunicación. Este hecho da a entender alguno de los problemas de las guerras africanas: suceden en silencio, sin testigos, en secreto y en lugares inaccesibles. Lo mismo ocurre en el caso de Ruanda.

Tras la antigua masacre de 1965, los tutsis crearon una especie de dictadura militar feudal en Burundi, con el fin de poder vengarse de los hutus. A partir de ese momento, los ataques entre los dos clanes fueron repetidos, causando una grave crisis en el país.

Aprovechando la difícil situación, el general Juvénal Habyarimana, del ala hutu radical, dio un golpe de Estado en 1973. Creó una dictadura de hierro y un sistema de partido único, aunque en sus reformas seguía siendo latente el conflicto entre los tutsis y los hutus: los tutsis leales al régimen podían llegar a ser jefes de aldea o de un pueblo, aunque nunca ministros. En cambio, los que criticaban el régimen, les esperaba un futuro desalentador en la cárcel. Los hutus no partidarios del nuevo gobierno les esperaba el mismo destino. Este hecho señala que la guerra de Ruanda no solo consistía en un conflicto entre castas, sino también en un choque violento entre dictadura y democracia.

Mientras tanto, muchos de los tutsis que habían huido de Ruanda tras la primera masacre, seguían esperando su momento de venganza. Su única esperanza era regresar a casa con sus rebaños y estaban dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de conseguirlo. Las nuevas generaciones que habían visto la desesperación en los ojos de sus padres también querían actuar y luchar para conseguir la paz que todos anhelaban. Jovri Museveni empieza entonces un ejército, donde se incorporan los jóvenes y los tutsis valientes y deseosos de venganza. El ejército de vengadores tutsis fundan la organización llamada Frente Nacional de Ruanda (FNR) y se preparan para atacar. Por su parte, Habyarimana tiene un ejército débil y desmoralizado. Ante la obvia e inevitable derrota de los hutus, el general y presidente llama al ex presidente francés Mitterrand pidiendo ayuda.

Esta llamada telefónica fue de gran importancia para la historia de Ruanda y, en particular, para el genocidio, aún por llegar. Si

recordamos el contexto de aquel momento, es crucial entender que entre Francia e Inglaterra seguía habiendo una relación tensa, a causa del problema anterior de Fashoda. París empezó a tener interés por lo ocurrido en Ruanda a causa de esta mala relación: cuando la anglófona Uganda había entrado en el territorio de la francófona Ruanda, estaban violando las fronteras de la *Francophonie*, una situación que los franceses no quisieron desaprovechar para seguir la lucha con el Reino Unido.

Francia empezó, a partir de ese momento, a ayudar a Ruanda en su conflicto con el ejército tutsi. Enviaron al aeropuerto de Kigali (capital de Ruanda) dos paracaidistas franceses, lo que provocó que los guerrilleros tutsis se echaran para atrás. Ellos habían venido a luchar contra el régimen de Habyarimana y no para enfrentarse con Francia: sabían que tenían poco que hacer. La ofensiva se interrumpió, aunque los guerrilleros ocuparon los territorios del nordeste, dividiendo Ruanda. Habyarimana pensaba que, con el tiempo y gracias a la ayuda francesa, su ejército sería lo suficientemente fuerte como para derrotar a los guerrilleros y éstos, por su parte, confiaban en que los franceses acabarían retirándose, lo que les permitiría seguir con la ofensiva. En medio de esta gran incógnita, el ejército del gobierno ruandés sigue trabajando con el fin de agrandarse, consiguiendo finalmente un total de treinta y cinco mil hombres. Además, se crea la Guardia Presidencial, unos destacamentos de élite equipados por equipamiento moderno, enviado por Francia, República de Sudáfrica y Egipto.

A mediados de 1993, los países africanos obligaron a Habyarimana a firmar un acuerdo con el Frente Nacional de Ruanda para que los guerrilleros formaran parte del gobierno, entraran en el Parlamento y constituyan un cuarenta por ciento de las fuerzas armadas. Regresando del extranjero tras haber firmado el compromiso con el enemigo, Habyarimana murió a causa de un accidente de avión, provocado por unos “elementos ni identificados”. En ese instante, empezó la matanza de hostigadores del régimen hutu, fue la señal que necesitaban para empezar el genocidio contra los tutsis.

El asesinato del presidente, según el informe oficial del Gobierno Ruandés, de fecha once de enero de 2010, establece como responsable el atentado a extremistas hutus. Si bien, otras fuentes apuntan a que el atentado fue perpetrado por el Frente Patriótico Ruandés (FPR), dominado por exiliados tutsis y políticos en contra del régimen

ruandés. Puede decirse que el asesinato no ha sido esclarecido en su totalidad.

### El Genocidio

La muerte de Habyarimana desató los odios, mientras que la prensa y el gobierno culpaba a los tutsis de dicho atentado, lo que desencadenó un plan genocida preparado por el gobierno ruandés con el objetivo de exterminar a los habitantes de la raza tutsi, así como a los hutus moderados. Así, da comienzo el llamado “primer holocausto africano”, que supone el exterminio de una cifra entre los 800.000 y el millón de tutsis y hutus moderados que fueron asesinados por el ejército, la milicia extremista “Interahamwe” y la población civil incitada por el gobierno. En los tres meses que duró el conflicto genocida, se aniquilaron a un número de personas cinco veces mayor que en el genocidio nazi durante la Segunda Guerra Mundial en el mismo periodo de tiempo.



*Las víctimas de la masacre*

El libro “Una temporada de machetes” de Jean Hatzfeld reúne los testimonios de un grupo de amigos hutus, que fueron responsables de una multitud de asesinatos tutsis durante el genocidio.

Adalbert, uno de ellos explica una de sus vivencias durante la masacre: *“Como jefe, además de las granadas, tenía desde hacía poco derecho a usar fusil. De camino, sin pensar en nada, quise probarlo. Puse a los niños en hilera a veinte metros, me paré, les disparé dos veces por la espalda. Era la primera vez en mi vida que usaba un fusil porque ya no hay costumbre de cazar en Beguesera desde que no quedan fieras. Me resultó curioso ver cómo caían los niños sin hacer ruido. Era tan cómodo que casi daba gusto”.*

Como ya he comentado en las introducción de mi trabajo, la radio ruandesa, Radio Ruanda y Radio Mil Colinas, incitaban a cometer los asesinatos tutsis. Años antes del genocidio de 1994, muchos periodistas parecían vaticinar lo que ocurriría, y criticaban a los tutsis llamándolos “cucarachas” que había que exterminar. Simon Bikindi y Kantano Habimana, dos de los periodistas hutus más conocidos, animaban con canciones. A causa de sus ocurrentes canciones e historias y de su poder social, consiguieron que los tutsis vieran sus insultos y ofensivas como algo gracioso. Aunque seguramente ninguno pudo darse cuenta de la importancia que llegaron a tener finalmente. Innocent Rwiliza, uno de los supervivientes tutsis, cuenta: *“Esos señores [los periodistas] eran artistas famosos y unos virtuosos muy divertidos. Preparaban tanto lo que decían y lo repetían tantas veces que también a nosotros, a los tutsis, nos hacía gracia oírlos. Hacían llamamientos para que matasen a todas las cucarachas, pero de una forma muy chistosa. A nosotros, los tutsis, esos chistes nos parecían divertidísimos. Nos reíamos de lo ocurrentes que eran las canciones que animaban a todos los hutus a unirse para suprimir a los tutsis. Nos pasaba lo mismos con “los diez mandamientos del hutu”, que aseguraban que pronto acabarían con nosotros. Estábamos tan acostumbrados que ya no nos fijábamos en aquellas matanzas terribles”*.

La guerra en Ruanda fue financiada, en parte, por el dinero sacado de programas de ayudas internacionales tales como la financiación proporcionada por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, malversado después por el gobierno extremista hutu para la compra de machetes, hachas, cuchillos y martillos.

Es importante remarcar que el genocidio se llevó a cabo, además de con fusiles, con machetes. La utilización de esta herramienta es muy significativa, ya que los hutus fueron, en su origen, agricultores. Estaban acostumbrados a manejarlos y a trabajar con ellos, aunque en esta ocasión los fines eran distintos que antaño.

Élie, otro de los testimonios del libro de Hatzfeld, explica que *“el garrote machaca más, pero el machete resulta más natural. Los de Ruanda estamos acostumbrados al machete desde la infancia. Lo que hacemos todas las mañanas es agarrar un machete. Segamos el sorgo, cortamos las plataneras, (..), matamos los pollos. Incluso las mujeres y las niñas cogen el machete para las tareas pequeñas, como hacer astillas para guisar. Es el mismo ademán para diferentes necesidades, y nunca nos desorienta. Además, al principio, muchos tenían que aprender a cómo matar, ya que era un trabajo que no habían practicado*

anteriormente: *“En el fondo, un hombre es como un animal; das el corte en la cabeza o en el cuello y se cae solo. Los primeros días, quienes habían sacrificado ya pollos, y sobre todo cabras, llevaban ventaja; es lógico. Luego, todo el mundo se acostumbró a esta actividad nueva y se puso al día.*



*Machete*

Muchos de los asesinos han admitido que llegaba un momento en el que mataban por inercia, desconociendo los motivos reales que le llevaban a esa guerra. Adalbert es una muestra de ello: *“Durante las matanzas no veía nada en particular en los tutsi, sólo que había que suprimirlos. Quiero dejar claro que desde el primer señor que maté hasta el último, no lamenté nada”.*

Otros de los actores importantes de este conflicto es la Iglesia Católica. A pesar de que muchos condenaron el genocidio, otros participaron activamente en él. Según un informe de la Organización de la Unidad Africana, muchos civiles que se cobijaron en las iglesias fueron masacrados por monjas armadas con machetes. El Papa Juan Pablo II admitió oficialmente que decenas de sacerdotes, religiosos y monjas de las etnias rivales participaron activamente en las matanzas. En marzo de 1996 se expresó con estas palabras:

*“La Iglesia como tal no puede ser responsabilizada por las faltas de sus miembros, que han actuado en contra de la ley evangélica por la que serán llamados a dar cuenta de sus acciones. Todos los miembros de la Iglesia que pecaron durante el genocidio deben tener el coraje de hacerle frente a las consecuencias de los actos cometidos contra Dios y la humanidad”.*

El genocidio ruandés de 1994 llegó a su fin tres meses más tarde, tras la victoria militar tutsi del Frente Patriótico Ruandés (FPR). Cuando la victoria del FPR era cuestión de tiempo, Francia envió más de dos mil

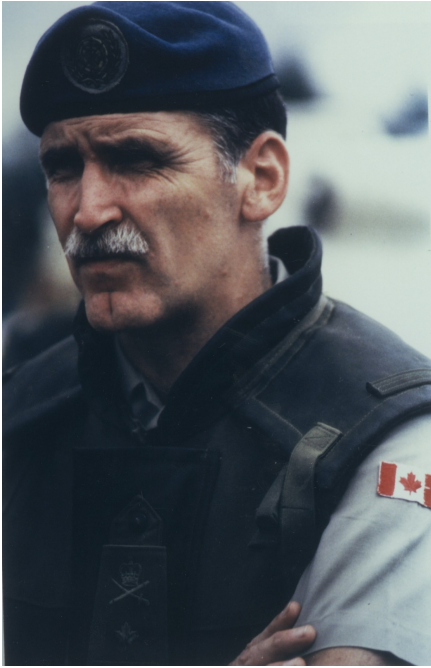
hombres desde sus bases de Goma y Bukavu, la llamada operación “Turquesa”, que tenía como objetivo parar las masacres, permitir el suministro de ayuda y socorro y establecer una zona de seguridad al sudoeste del país. Esta zona supuso un refugio provisional para miles de hutus, que se escondían de las fuerzas del FPR. El gobierno del FPR acusó a Francia de falta de neutralidad y de haber protegido a antiguos dirigentes hutus culpables del genocidio y de ralentizar el avance del FPR.

EL 12 de julio de 1994, el FPR tomó la ciudad de Ruhengeri, consiguiendo así la victoria sobre el antiguo ejército ruandés. Tras entrar en la Kigali, se anunció la formación de un gobierno de transición de unidad nacional, presidido por el hutu Bizimungu, miembro relevante del FPR, multipartidista y multiétnico. El 29 de julio, Francia retiró sus tropas de la ya apaciguada Ruanda.

### Reacciones internacionales

Ante tales catástrofes, ¿qué hicieron los países del mundo, la llamada “comunidad internacional” para poner freno? Romeo Dallaire, el general que comandaba en ese país en 1994 las tropas de paz en las Naciones Unidas ha mostrado en diversas ocasiones el descontento hacia la reacción de la organización a la que pertenecía.

En noviembre de 1993 empezó la Misión para la asistencia en Ruanda (UNAMIR), bajo el comando de Dallaire y con el objetivo de garantizar la seguridad en las zonas desmilitarizadas y respetar el alto el fuego del gobierno ruandés y el FPR. Tres meses después, Romeo Dallaire envía un fax al Departamento de Paz en el cuartel general de la ONU en Nueva York. Había recibido una fuente donde avisaban de la posibilidad del inicio del genocidio y de la conspiración hutu. Solicitaba refuerzos y protección, además de los planes que se debían tomar a cabo para medidas preventivas y permiso para intervenir. Recibió contestación de la ONU ese mismo día, denegándole el permiso. Una semana después del inicio del genocidio, Dallaire envió otro fax subrayando la importancia de una intervención, obteniendo otra negativa. “Con 5.000 hombres hubiera sido suficiente para frenar la guerra”, afirma Dallaire.



*Romeo Dallaire*

Se ha criticado en diversas ocasiones la actuación de la ONU, que ha negado la existencia del fax de Dallaire. El periodista de *The New Yorker* Philip Gourevitch, autor del libro “Deseamos informarles de que mañana nos matarán junto con nuestras familias”, recibió una copia de la contestación de la ONU al fax de Dallaire de forma clandestina. Pidió explicaciones a la organización, que quiso justificar sus actos alentando la cantidad de mensajes que reciben diariamente como el del general. “Es normal encontrar hipérbole en muchos de los informes”, dijo Iqbal Riza, la persona que contestó al fax de Romeo Dallaire.

Diez años después del conflicto, se celebró en Nueva York una ceremonia en memoria de las víctimas. El entonces secretario general, Kofi Annan, pronunció un discurso de remordimiento en el que admitía la falta de responsabilidad ante la toma de decisiones durante el genocidio. “*Si la comunidad internacional hubiera actuado con rapidez y determinación podría haber detenido buena parte del genocidio (...) pero no había la voluntad política ni las tropas*”, declaró.

Además de la organización, se ha culpado en especial a los Estados Unidos, Bélgica y Francia de la poca actuación en el genocidio.

Ruanda fue durante años una colonia belga, por lo que Bélgica podría haber ayudado a sus antiguos colegas a ralentizar el problema. La causa primordial de su silencio fue la muerte de diez soldados belgas de la ONU en mayo de 1994. Estos asesinatos hicieron que el país se echara para atrás.

Por su parte, EE.UU. tenía mucho poder en aquel momento ante la ONU e internacionalmente. Si hubiera creído necesario parar la guerra ruandesa, podría haber ahorrado al país africano un gran desastre. Era uno de los países (junto con Francia) con más posibilidades de actuar, aunque no lo creyeron conveniente. La causa fue el asesinato de diez y ocho soldados americanos en Somalia meses antes del genocidio. Los crímenes impactaron mucho a la sociedad norteamericana, y no querían verse involucrados en otra situación similar en Ruanda.

Finalmente, Francia fue el país que más colaboró con el país africano. Las diversas intervenciones militares francesas en Ruanda podrían haber servido de algo para el genocidio si Francia lo hubiera creído necesario. Pero no fue así. Antes del triunfo militar del FPR, Francia entró en Ruanda, en una de sus actuaciones más criticadas. Se les acusó de impedir que los tutsis ganaran la guerra, ayudando a los hutus a escapar y frenando el poder del FPR. El general Romeo Dallaire explicó en una entrevista por qué cree que los franceses impidieron el éxito de los tutsis: *“Los franceses se mueven en la zona por la llamada francophonie, por el orgullo de controlar. Enseguida comprobé asombrado que tanto franceses como belgas y alemanes tenían allí consejeros a decenas. Ellos sí sabían lo que pasaba, pero ninguno proporcionaba a la ONU, es decir, a mí, su representante, la información que poseían. Y al mismo tiempo, esos países que estaban en el Consejo de Seguridad tampoco dejaban a la ONU, ni a mí, montar mi propia unidad de información, porque, decía, el mandato no contempla eso. Incluso cuando tuve constancia de que se pasaban armas de contrabando a través de la frontera de Uganda y pedí para buscarlas, me contestaron que no”*.

En definitiva, el genocidio se perpetuó a puerta cerrada. Según las declaraciones de varios supervivientes, entre ellos una enfermera y comadrona de la maternidad Sainte-Marthe, Valérie Nyirarudodo, dos días después de la explosión del avión presidencial llegó un destacamento de cascos azules con tres coches blindados a la región ruandesa de Nyamata. Iban haciendo paradas en iglesias, conventos y hospitales para recoger a todos los blancos que se encontraban en tales lugares para que huyeran del país. Nyirarudodo explica: *“Se pararon delante de la verja [de la maternidad]. Les pidieron a las tres hermanas blancas que recogieran sus cosas inmediatamente. Dijeron: “no merece la pena que pierdan el tiempo en despedirse. Hay que irse ahora mismo”. Las suizas querían llevarse a sus colegas tutsis de velo blanco. Los*

*militares contestaron: “ No. Son ruandesas; éste es su lugar. Vale más dejarlas con sus hermanos”. El convoy se marchó; y, detrás de él, una camioneta de interahamwe que iban cantando. Y, claro está, poco después a las hermanas tutsis las rajaron, igual que a los demás”.*

En el aeropuerto de Kanombé se organizó un puente aéreo a toda prisa para llevar a los sacerdotes, cooperantes, diplomáticos o voluntarios de organizaciones humanitarias para que volvieran a sus casas. Ninguno de ellos ha podido explicar de manera convincente la causa de esta huida tan repentina. Claudine Kayitesi, una campesina superviviente de la colina de N'tarama intentó dar su respuesta a esta marcha: *“Los blancos no quieren ver lo que no pueden creer. Y no podían creer en un genocidio, porque es una matanza que supera a todo el mundo, a ellos y a los demás”.*

Adalbert, uno de los presos que prestó sus declaraciones a Jean Hatzfeld en *“Una temporada de machetes”* admite que, tras el abandono de las tropas de los cascos azules de la ONU, las matanzas se multiplicaron. *“Vimos con nuestros propios ojos cómo escapaban los blindados por la pista, nuestros oídos no oían ya esas vocecitas que hacían reproches. Por primera vez en la vida, no nos sentíamos bajo la modesta vigilancia de los blancos. (...). Teníamos la seguridad de matar a todo el mundo sin que nadie nos mirase mal. Sin tropezar con la regañina ni de un blanco ni de un cura. En vez de disfrutar, hacíamos chistes. Estábamos demasiado a gusto con ese trabajo fuera de lo normal que había empezado bien. En el fondo, nos habíamos vuelto demasiado seguros de nosotros y empezamos a remolonear. Y fue esa despreocupación tan grande la que nos resultó fatal”.*

### Los juicios

Antes del genocidio ya tuvieron lugar matanzas entre tutsis y hutus, sobre todo durante el planteamiento de la gran masacre años antes de que ocurriese. Y todos ellos parecían quedar impunes. Élie Mizinge un ex militar que admite haber asesinado a una asistente social en 1992, subraya que *“nadie nos reprochaba nuestros crímenes”*. Parece que hasta 1994, las autoridades y la comunidad internacional no fueron conscientes de la importancia y envergadura de los crímenes. Aunque ya fue tarde.

De todas maneras, tras *“el primer holocausto africano”*, se creó la posible medida definitiva para prevenir la repetición de tal masacre. El

Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, reconociendo las violaciones de los derechos humanos cometidos en Ruanda y de acuerdo con el capítulo VII de las Naciones Unidas creó, mediante resolución 955 de ocho de noviembre de 1994 el Tribunal Penal Internacional para Ruanda (International Criminal Tribunal for Rwanda, ICTR), con el propósito de contribuir a la reconciliación nacional en Ruanda, mantener la paz en la región y perseguir y juzgar a las personas responsables de los crímenes cometidos entre el uno de enero de 1994 y el treinta y uno de diciembre de 1994.

El Tribunal con sede en Arusha, Tanzania, ha condenado el pasado veinte de diciembre de 2012 al ex-ministro Augustin Ndirakobuca a 35 años de prisión por los delitos de genocidio, incitación para cometer genocidio y violación contra la humanidad. Ndirakobuca fue arrestado en Alemania en septiembre de 2007 y transferido a Arusha un año después.



Augustin Ndirakobuca

Otro caso relevante es el de Joseph-Désiré Bizerwa, nativo de Kanazi. Su juicio empezó el 26 de mayo de 1998. Le condenaron a muerte meses después. Desde entonces lleva esperando el indulto presidencial o la abolición de la pena de muerte. De su juicio dice: *“Todo cuanto dije volvería a repetirlo hoy. Me juzgaron en un momento en que los supervivientes estaban demasiado indignados. Esperaban un escarmiento y las nuevas autoridades querían proporcionarles una venganza vistosa. Más adelante oí el juicio de monseñor Misango por la radio. Lo absolvieron. El ex secretario de mi partido vive tan a gusto en mi casa. Hay incluso un promotor nacional del genocidio que fue durante una temporadita primer ministro, antes de escapar e irse a hacer negocios a América. Así es como van la suerte y la mala suerte en un partido. Los que piensa pusieron en marcha el genocidio y los militantes pagaron los cascos rotos”*. Bizerwa fue ex jefe de la milicia extremista

*interahamwe* y de joven se metió en el partido MNRD, el del presidente Habyarimana.

A pesar de que el gobierno ruandés ha criticado la labor del ICTR por cara y lenta, una abogada española próxima al Tribunal que prefiere mantener su nombre en el anonimato, recalca que *“la gran labor del ICTR en el plano del derecho internacional debe ser reconocida. Así, puede destacarse la famosa sentencia Akayesu, que es considerada la primera condena internacional por genocidio y la primera en reconocer la violencia sexual como actos constitutivos del genocidio. En dicho caso, se declaró a un acusado culpable de violación por no haber impedido ni detenido una violación en su calidad de oficial, y no por haberla cometido personalmente. El tribunal consideró que la violación constituía tortura y que, dadas las circunstancias, la violación generalizada como parte de unas “medidas dirigidas a impedir nacimientos dentro del grupo”, constituía un acto de genocidio. Por ejemplo, en las sociedades donde la pertenencia a una etnia está determinada por la identidad del padre, violar a una mujer para dejarla embarazada puede impedirle dar a luz a su hijo en el seno de su propio grupo”*.

Hasta el momento se han completado setenta y un casos desde que se inició el Tribunal y se pretende finalizar con diez y seis casos de apelación el próximo 2014. Roland Amoussouga declaró: *“The ICTR has shown to the whole world that impunity will no longer be tolerated”*.

Además del ICTR, el gobierno ruandés recuperó una de sus formas de justicia tradicional, llamados los tribunales de Gacaca, formados por nueve jueces y en los que el acusado compadece dentro de la comunidad y debe solicitar perdón a las víctimas y a la comunidad. Dichos tribunales juzgan a la población civil acusada de colaborar en la masacre de 1994 y no pueden condenar a la pena de muerte.

Los objetivos de los tribunales de Gacaca son: la reconstrucción de la verdad; la aceleración de los procedimientos legales, ya que actúan al mismo tiempo que los tribunales de Ruanda y el ICTR en Tanzania y la reconciliación de todos los ruandeses así como la construcción de la unidad nacional. Otra de las medidas que ha puesto el gobierno ruandés para lograr la reconstrucción nacional es la celebración de Umuganda o servicio comunitario obligatorio, que se realiza por toda la comunidad, de 8.00 a.m. a 11.00 a.m., el último sábado de cada mes. El servicio puede consistir en la limpieza de las calles, carreteras o bien

el ofrecimiento gratuito a la comunidad de alguna habilidad particular, como por ejemplo, la consulta médica por parte de los médicos.

### Conclusión

En definitiva, el genocidio de Ruanda supuso una autentica masacre para los tutsis y los hutus que se oponían al gobierno. No es la primera guerra llevada a cabo ni tampoco el primer genocidio, pero quizá es uno de los conflictos más salvajes que han tenido lugar. Por norma general, a la palabra genocidio se le asocia la Segunda Guerra Mundial de Hitler y el holocausto judío. Y muy pocos se acuerdan de Ruanda. Los dos son conflictos muy distintos pero los dos han tenido graves repercusiones tanto para los inocentes como para los culpables. En Ruanda, no habían cámaras de gas, ni hacían experimentos (médicos?) con las victimas, casi no habían ni armas. La guerra se perpetuó con garrotes y los machetes que usaban los hutus para labrar el campo. La manera de llevar a cabo el genocidio no fueron ni por asomo adaptada a los nuevos tiempos. Ésta es una de las características del conflicto ruandés: podría haber pasado de la misma manera hace cien años. Parece como si el tiempo no hubiera pasado en las lejanas colinas. No hay bombas atómicas, no hay aparatos de última tecnología. Ni siquiera hay ayuda.

## Bibliografía:

-HATZFELD, Jean, *Una temporada de machetes*. Anagrama. Barcelona. 2004

-KAPUSCINSKI, Ryszard. *Ébano*. Anagrama. Barcelona. 2000

-SUAU, Jaume, *Rwanda: guerra i pau*. Universitat de Barcelona. Barcelona. 2009

-África: un continente sin voz

<http://www.almargen.com.ar/sitio/seccion/politica/ruanda/>

-www. wikipedia.com

[http://es.wikipedia.org/wiki/Genocidio\\_de\\_Ruanda](http://es.wikipedia.org/wiki/Genocidio_de_Ruanda)

-www.elmundo.es → sección internacional

<http://www.elmundo.es/elmundo/2008/12/18/internacional/1229595227.html>

-BBC News: International

<http://www.bbc.co.uk/news/world-africa-20795808>

-BBC News:

[http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/news/newsid\\_1503000/1503660.stm](http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/news/newsid_1503000/1503660.stm)